

REMINISCENCIAS

(PAGINAS INTIMAS)

POR

M. G. DE M.



IMP. DEL TUNGURAHUA.—POR TEODOMIRO MERINO.

MI PAPÁ ADORADO:

Tiempo hace que te ofrecí impulsada de un vago deseo escribir algo y dedicártelo. Buscaba un tema que se aviniera á mi carácter triste y tan extraño á novedades, cuando mi hija me presentó la ocasión de cumplirte lo ofrecido. De nuestra común historia he formado un poemita, si así puede llamarse un puñado de insonoros versos: allá te van y te aseguro que su lectura despertará en tí recuerdos mal dormidos en el fondo de tu alma, recuerdos de una época de prueba y que sin embargo llevarán á tu imaginación reminiscencias dulcísimas. Acéptalo y bendíceme.

*Tu hija
M.*



Esposo mío:

Envíote mi última composición con el objeto de que la estudies y de que si la juzgas medianamente regular, hagas que se publique. Es la primera vez que anhele por que mis pobres versos vean la luz pública, pero esto no me satisfaría si los que te envió no tuvieran algo tuyo en sus primeras páginas. Quiero, pues, que escribas un algo que sirva como de prólogo á mi obrita, á esa especie de noche en donde apenas brillan algunos rayos que como luces fujitivas no alcanzan á disipar sus tinieblas. Una pregunta inocente, una lágrima vertida por ojos que tienen mucho de divino, me la inspiró: y en dónde hubiera buscado la definición del dolor sino en la fuente rebosante de amargura de mi propia historia? Ni á quién dirigir la súplica que te dirijo, sino á tí que conoces á fondo mis desdichas?

Cuando por desahogar mi corazón de la tristeza que lo abrumba he vertido en malos versos mis lágrimas, jamás fué con la intención de que saliera del recinto de mi hogar. Mis primeros ensayos se publicaron sin que yo diera para ello mi consentimiento; hoy, soy la primera en deseárselo, no porque crea que algo valen, sino porque publicándolos doy cumplimiento á una promesa sagrada.

He sido tachada por personas que aseguraron

que mis pobres versos no eran producción mía, negándome así todos los sentimientos innatos en el corazón de la mujer: ternura, delicadeza y sobre todo dignidad.—Tengo para mí que para hacer versos no se necesita de gran inteligencia y sí de corazón: tu sabes si lo poseo.

Es verdad que no te negarás á complacerme?

Lo espera tu esposa

M.

Esposa mía:

En grave conflicto me has puesto con tu petición de que escriba algo que encabece las páginas de tus "Reminiscencias".—¿Cómo satisfacerte? Y cómo resolverme á no acceder á una petición tuya?—No hay en mí ni la competencia necesaria para tal empresa ni la autoridad que en la materia ha menester quien la acomete; y dado caso que yo arrimase á ella el hombro, no podría ser debidamente imparcial, puesto que mi juicio no sería sino la expresión entusiasta del afecto con que miro siempre tus aficiones poéticas.

Los prólogos no son á las veces sino cartas de recomendación con que un profano en la bella literatura penetra en esa temible región que se llama *público*.—Has querido congraciarte con él? Y lo conseguirías si yo fuese el que te anunciase? Mucho has errado si tal has pretendido.—Recomiéndese tu poemita, ó más bien, recomiéndense tus pobres versitos por el caudal de amargura que expresan y por la delicada ternura que abrigan; mas no se recomienden al *público*, á ese sér impalpable, injusto y prevenido en ocasiones, que Fígaro lo veía en todas partes.

y no lo encontraba en ninguna; sino á tal cual corazón sensible que no haga fisga del dolor, ni mate con burlona sonrisa los dulces misterios de una lágrima.

No son tus versitos para los literatos, para los críticos, menos: ¿cómo han de ser? En ellos están muy mal cumplidas las reglas para hacerlos con arte y bien. Mas el corazón en sus tempestades clama por desahogo y no obedece á otras leyes que á aquéllas que le impone la impetuosidad del dolor:—el mar en sus tormentas no marca á cada ola que surge espantosa de su seno, el sendero que haya de recorrer ni la forma que haya de tomar: brama, ruje, y convertido en monstruo no obedece sino al impulso de su propia furia.

¿Cuándo adquiriste reglas, qué tiempo te dejaron las desdichas para estudiarlas y seguirlas?—La inteligencia, el análisis, hallará en tus versitos ¡que tanto me agradan! mucho malo, mucho pésimo; quien los lea sintiendo, un corazón delicado hallará en ellos caudal de dolores supremos, tormentos resistidos con resignación y casi, casi con heroicidad: ¿cuál de los dos juicios te satisfaría?—En cuanto al que de mí esperas, ya sabes que los hallo *magníficos*, siquiera porque hanme despertado recuerdos de mi doloroso pasado, época tan amarga como la tuya, pero en mí pagada á maravilla con la dicha de llamarte mi esposa.—Muchos, graves defectos he encontrado en tu obrita; pero salga como la has producido: conozco que tu intención no es conquistar un lauro, sino satisfacer una imperiosa necesidad de tu corazón: cuando éste

sufre, llora: obligarlo á contener el llanto es hacerlo estallar. Lloro, esposa mía, llora, y tus lágrimas en conjunto con mis penalidades compongan mi poema en el cual nuestra María, ese lindo pedacito de nuestra alma, pueda beber en inmenso caudal de dolorosa experiencia, lecciones de virtud, dignidad y honra.—Un consejo: Si haces versos nuevamente, que todos ellos se contraigan á inspirar á nuestra hija ciega veneración por el deber!

¡Te han negado la propiedad de tus versos! ¿Qué quisieron dejarte? Gente de ásperas afectaciones, en cuyos pechos rencor y orgullo, vanidad y pocos alcances, han removido las susceptibilidades de una alta posición social, han hallado uno como placer en ofenderte y calumniarme. ¿No me negaron hasta el derecho de amarte, siendo ese deber tan sagrado para mí como el de venerar la santa memoria de mi madre?—Desprecia eso, esposa mía, el injusto anhelo de humillarme por motivos negramente injustos han originado esos desahogos insensatos.—¿Y no recuerdas? Ayer no más cuando mala fortuna les persiguiera.....? Quédate la satisfacción dulcísima de no haber recordado jamás un beneficio prestado noblemente y sin interés de recompensa!

No puedo, pues, darte un prólogo; mas en el anhelo de no descontentarte, vaya este disparate como tal.—Van á publicarse tus versitos: que María beba en ellos lecciones de virtud, como devora en los mismos satisfacciones íntimas y fruiciones celestiales tu amante esposo

A.

VI.

AL MAR.

Oh mar! yo te saludo y admiro tu grandeza,
Al sentir tu bravura, cuál tiemblo de emoción;
Tú ruges y te agitas y altivo te levantas
Como en las sordas luchas del hombre el corazón.

Absorta voy mirando lo verde de tus olas,
La inmensidad del cielo del cual eres altar;
Parecen tus torrentes los cirios que le alumbran
Y tus blancas espumas capullos de azahar.

Niña surqué tus aguas y al vaivèn de estas olas
De la esperanza en brazos risueña me dormí;
Entonce tus bellezas no conmovieron mi alma
Ni tu rudo lenguaje entonces comprendì.

Más hoy te amo y admiro como á la obra gigante
Que brotó de la mente del Supremo Hacedor:
¡Oh mar! yo te saludo y estática, en silencio
Contemplo tu hermosura y escucho tu rumor.

Sobre tí el horizonte más claro se dilata,
Tu soledad sublime convida á meditar;
Aquí, sobre tus ondas que encierran mil tesoros
Le es dado al que padece gemir y sollozar.

Grande eres: te cobija hermoso el firmamento,
Tu lecho es urna inmensa de forma escultural;
Y azotas iracundo las rocas que te guardan,
Prisionero en tu cárcel de nubes y coral.

No rujas, tente, espera! Mi espíritu abatido
De calma necesita, de calma y oración:
Impulso da á la nave, acércame á mi orilla
Refresque con sus brisas la Patria el corazón.

Humilde te saludo y absorta te contemplo,
Espejo de los astros, del cielo regio altar;
Cuando soberbio rujas esparce en mi ribera
En gotas de esmeralda tus flores de azahar.

VII

EL REGRESO.

Me deja respirar ligero instante:—
¡Contemplo tan distante
Esa época, mi bién...! Mas su recuerdo
Vive siempre grabado en mi memoria
Y al descorrer el velo de mi historia
En sus arcanos sin querer me pierdo.

Volvimos á la patria, hija querida:
La mar enfurecida
El bagel respetó que nos guardaba:
Al divisar ecuatoriana orilla
Doblamos con fruición nuestra rodilla
Cuando el sol el ocaso trasmontaba.

Guayaquil á mi vista aparecía
Tan bello como el día
Con sus celajes de amaranto y rosa;
Como la luna que entre blancas nubes
Asoma suspendida por querubes
Bañando el eter con su luz hermosa.

El corazòn henchido de esperanza
Miraba en lontananza
De nueva dicha clarear las horas
Y como el campo cobra bellas galas,
De la ilusión en las rosadas alas
Surgieron de su noche mil auroras.

Allí mi pobre hogar: nuestra mirada

De lágrimas velada
Penetró en su recinto solitario,
Y vimos todo como el triste día
En que mi pobre madre en su agonía
Oraba de ese altar ante el santuario.

Entonces agolpáronse á mi mente
De niñez sonriente
Los recuerdos dulcísimos y puros....!
Escuché de mis aves los cantares
Y agobiada por íntimos pesares
Me senté á sollozar bajo sus muros.

Entreví en mis recuerdos conmovida
La muñeca querida
Que fué el encanto de mi edad primera!
Miré su traje de amarillo raso
Que como al sol que se hunde en el ocaso
Le adornaba de tul nube ligera.

—¿Y cómo se llamaba? ¿Era bonita?
—Llamábase Paquita,
Y era tan linda como tu, bien mio,
Como el tuyo dorado su cabello,
Temblorosos los risos en su cuello
Cual en la flor las gotas del rocío.

Besé de nuevo el rostro sonrosado
Del sér inanimado,
Que no pude mirar sin conmoverme
Cuando en vivos trasportes de alegría
En mi seno *dormirse* la veía
Como ahora Gloria en tus bracitos *duerme*.

Nos confundimos en estrecho abrazo,
—¡Oh tierno y dulce lazo,
Manantial de mil púdicas delicias!—
Y recorrimos, hija, silenciosos

Esos amados sitios tan hermosos
Do gozamos de plácidas caricias.

Lentamente bajamos á la huerta;
Del dintel en la puerta
Estaba el leal amigo de la infancia,
El perro *Fiel* á quien quisimos tanto
Y que anegados en copioso llanto
Recordábamos siempre á la distancia.

—Y qué fué de él, mamá?

—Murió, mi vida!
De mi madre querida
Sobre la humilde y blanca sepultura;
Sobre la losa cuyo seno encierra
Mi fiel adoración aquí en la tierra
Y los despojos ¡ay! de su hermosura.

La inmaculada Virgen de Dolores
Desde el sitio de flores
Secas ya, nos miraba y sonreía:
So tu piadoso amparo nos pusimos
Y á una voz reverentes te pedimos
Velaras por nosotros ¡Madre mía!

Pálida y bella la argentada luna
En su espaciosa cuna
Temblaba entre mil lampos transparentes;
Y envuelto en triste y trepadora hiedra
Vimos el banco de robusta piedra
Altar de nuestros juegos inocentes.

Bajo ese asiento para mí bendito
Estaba un sablecito
De hoja flexible de bruñido acero;
Desnuda y sin color, la faz herida
Mi preciosa muñeca tan querida!
Objeto mudo de mi amor primero.

Oculto del follaje en la espesura
Limpio arroyo murmura,
¡Cuántas veces en él nos contemplamos!
Allí la palma altiva y majestuosa
Do en esa edad feliz y candorosa
Suave frescor y grata sombra hallamos.

Quince años mi cabeza coronaban
Y claros reflejaban
Inocencia y candor sobre mi frente:
Llena el alma de tiernas ilusiones,
Presintiendo de amor las emociones
El porvenir miré bello y riente.

Bien pronto oscureció, linda María
¡Que nunca la alegría
Ha iluminado mi áspero camino!
Y apenas al divisar falaz bonanza
Tronchada fué la flor de mi esperanza
Al rudo empuje de mi cruel destino!

Temblor violento el corazón me agita
El recuerdo me irrita
De tantas penas y amarguras tantas....!
Oh mi adorado hogar, cuna querida,
Sueño y no más de mi azarosa vida
Urna sagrada de memorias santas!

Tres años en tu seno trascurrieron,
¡Tres siglos que me dieron
Caudal de desengaños y experiencia!
Nos envolvió en sus sombras el olvido
Cuando ese alegre templo hubo perdido
El esplendor que presta la opulencia!

Al fin de esos tres años te perdimos,
¡Cuán aflijidos vimos
Tu indiferencia cruel, tu cruel desvío

Oh! mentida amistad. . . .! ¡Amados lares
Tuyos serán mis fléviles cantares,
Tuyos ¡adiós! y de mi manso río!

—Pero, ¿qué es el dolor?

—María, espera:

Mariposa ligera

La dicha entre sus llamas se consume;
La calcinan sus rojos resplandores,
Del fresco nectar que libó en las flores
No le queda, mi vida, ni el perfume!

Cuánto, cuánto lloré, Patria adorada

Por la casita aislada

Qué fué de nuestros juegos fiel testigo!
Mas de pronto cambiòse mi honda pena
Y mi camino proseguí serena
De tierno amor al generoso abrigo.

El 'amor, la ilusión y la ventura

Trocaron mi amargura

En dicha celestial; y en mi inocencia
Bendije al que nos premia desde el cielo
Si conservar sabemos en el suelo
Virgen el alma, virgen la conciencia.

No las manches jamás; y si el destino

Arroja en tu camino

En vez de bellas flores sólo abrojos,
Pasa sobre ellos, hija, con firmeza;
Y aunque el alma te invada cruel tristeza
Brille el candor en tus divinos ojos.

Si el rico herirte con audacia quiere

Desprécialo; no hiere

Calumnia vil á quién de honor blasona!
Si te ves humillar alza la frente,
Sé digna, á mis consejos obediente:

Asaltan mi memoria
Los recuerdos más caros de mi vida;
Caros y tristes ¡ay! niña inocente,
Cubro de besos tu serena frente
Y sigo mi relato conmovida.

VIII.

RECUERDOS.

.....
¡Horas, horas de amor! Quién la premura
Do tan bello vivir me predijera!
Ay! quién sin que bebiera
La amarga hiel de crudos desengaños
En mis floridos años
De vosotras al par morir me hiciera!

Horas de amor y de ventura plácidas
Que vinisteis mis penas á aliviar,
En el lento relox de mi existencia
Ya no escucho vuestro eco celestial.

Pasasteis como el viento y se nublaron
Esas noches de calma y soledad;
Cuando al rumor de fervorosas preces
Cesaba de rujir el huracán.
El amor aun subsiste tierno y puro
Pero el duelo prosigue en el hogar;
Y no lejos crespones se divisan,
Nubes que chocan y se rompen ya.
Ay! mis horas son horas de agonía
Y mis noches de insomnio y de pesar.

Recuerdos de mi infancia desgraciada,
Que no podré olvidar nunca, jamás;
De mi padre infurtunios y pesares
Que sólo con la vida acabarán;
El postrero gemido de mi madre

Y luego llanto, luto y orfandad,
Son torcedores que la mente agitan
Y en el alma producen tempestad.
Y sin embargo deliciosas horas
Vuestro trémulo són me hizo sonar,
Y del amor en las etéreas alas
Vi el pasado cual nube que se va.

Puros besos, mis sueños de inocencia
Trocaron en ventura colosal:
De mi cabaña en el recinto humilde
Madre me vi feliz al despertar;
Que los besos de amor en el espacio
Los junta siempre misterioso afán,
Y brotan de ellos flores peregrinas,
Estrellas de la azul inmensidad!
Naciste tú, querube sonrosado,
Brillante perla del undoso mar,
Rubia como los trigos de los campos
Blanca como purísimo cristal.
¡Cómo los años vuelan, desaparecen
Y á sepultarse entre la nada van!
Cuatro de tu existencia venturosa
Pasaron contemplándote jugar;
Y entonces vino á mis amantes brazos
Otro sér de hermosura angelical:
En sus ojos azules hechiceros
Vi una luz fugitiva reflejar,
Y el corazón en su latir dulcísimo
En sus labios de rosa á hundirse va,
Pero esa luz se nubla, palidece,
Y surge para mí la oscuridad. . . .!
Gritos de muerte hieren mis oídos
¡Cuán densas son las sombras del hogar!
Siento miedo, las lágrimas me ahogan
Ay! mis dichas que nunca volverán. . . .!
Miro la tumba que los restos guardan

Del ángel más hermoso de mi altar
Y al empíreo se elevan mis plegarias
Cual del humo la rápida espiral.
Pero es en vano; la implacable muerte
Vino ese tierno corazón á helar,
Y al arrancarle sus terrenas galas
Clara estrella surgió en la eternidad.
¡Cuán breve es en mi vida la alegría,
Ave de paso por el mundo va,
Y son sus trinos sonos fugitivos
Que apaga del dolor la tempestad!

Horas de amor fugaces y serenas
Que calmasteis mi duelo y hondo afán,
¡Cómo volvierais puras y tranquilas
En mi humilde mansión á resonar!
Volved de nuevo deliciosas horas,
Vuestro grato sonido vibre ya;
Y vosotras seréis el fuerte escudo
Do los dardos del mal se estrellarán!

Cielo sin brumas, tímida violeta
En cuyo cáliz vemos titilar
Blancas gotas de nítido rocío
Que deposita el alba virginal,
Es la alegría, sí; quiera el destino
Que no pruebes jamás su veleidad
Y que tus ilusiones y esperanzas
No sean auras de invierno que se van.
El dolor es oceano do naufraga
Quien no tiene valor para luchar,
El que falto de fe no mira al cielo
Y no espera, hija mía, un más allá.
Espera en él y así serás dichosa:
¡Es tan grato, mi bién, el esperar!

Cuando me azotan con furor sus olas,

Frases murmuro llenas de piedad,
Que la oración es siempre para el alma
Dulce sustento puro y celestial.
Ora, clama mi bien, por los que sufren
Ruega por mí que aun tengo que llorar,
El pasado es tan triste...! y el presente...!
Siempre luto y dolor en el hogar.
Reza, reza con fe; si atenta miras
El rojo sol que á sepultarse va,
Que tu vida y mi vida son dos astros
Que su disco también apagarán.

Yo moriré primero, y cuando vayas
Mi silenciosa tumba á visitar,
Sonreiré feliz tras de las nubes
Que ocultan misteriosa eternidad;
Y si sientes un soplo entre tus labios
Tan leve como el aura matinal,
Es que busco en el cielo de tu alma
El beso de mi amor donde dejar.

—Pero dime, mamá, cuando uno muere
Se separa del mundo y nada más?

—Y á los buenos, mi bien, de sus virtudes
Dios siempre justo el galardón les da.

—Y por qué á los que mueren no los vemos?

—Por que pierden su forma corporal,
Pero en la clara fuente del recuerdo
A despecho del tiempo vivirán.

—Entonces tú lo ves á mi *ñañito*?

—Lo miro con el alma, santo altar,
En donde arde mi amor ante la imagen
De ese sér adorado y celestial.

Yo le guardo mis besos uno á uno

Y á saludarlo á su morada van,

Como aves que al partir para otros climas

Se pierden en la azul inmensidad!
—Y las aves, mamá, suben al cielo?
Cómo pueden las nubes traspasar?
—El pensamiento, niña mía, es ave
Y á esa altura sólo él puede llegar.
—Yo quisiera ser eso que tu dices,
Pensamiento, y con alas, ¡ah, mamá!
Qué lindo, sí, qué lindo hablar con ángeles
Que aquí en la tierra no veré jamás.
—Tú eres un ángel, hija mía adorada,
Dechado de pureza y de bondad;
Conserva blancas las brillantes alas
Y Dios desde su trono sonreirá.
Como hija eres feliz; si esposa fueres
Tu dicha será inmensa, divinal;
Y si madre, mi bien, tendrás un cielo
En el sér que contenta arrullarás.
Y si sufres, no olvides que en el mundo
El placer y el dolor en lucha están,
Y que el que triunfa en ese cruel combate
Gloria eterna en el cielo ha de gozar.

Y hoy que sabes lo mucho que he sufrido.....
Pero, ¿qué es esto? Te dormiste ya,
Dios te bendiga, hermosa criatura,
Reliquia sacrosanta de mi hogar.

M. G. DE M.

